

**H**A PRESENTE EDICIÓN QUIERE mostrar las joyas bibliográficas que contiene la Biblioteca Nacional. A eso se destinan en gran parte los ensayos y comentarios de este libro. Queremos que se sepa qué Joyas están en los estantes, y en los arcanos, en lo que llamamos fondo antiguo, en las colecciones que provienen de donaciones. Algunos de estos libros preciosos son conocidos, otros no tanto. Pero, insistimos, se trata realmente de joyas, de un tesoro público que nos pertenece como nación, y en cierta manera, a la humanidad. Esta edición da la información de que existen, y acaso, puede provocar nuevas vocaciones de investigadores, o simplemente, y no sería poco, la toma de conciencia en la opinión pública y en la clase dirigente y en el mundo de las finanzas, que este tesoro existe en tan venerable institución.

Por lo demás, la BNP siempre publicó, y mucho, revistas especializadas como *Fenix*, boletines, ediciones varias sobre bibliografía. Y hay que decirlo, este es un libro institucional, y en uno de sus capítulos, figura una semblanza de cada director que la dirigió, y se podrá apreciar lo que en cada caso se emprendió. Pero la verdad es que no hubo una edición de Joyas como la presente. Que no se vea una pizca de reproche en lo que estoy sosteniendo a quienes me preceden, todo lo contrario. No se hizo, sin duda alguna, por una razón paladina: eran otros tiempos. Y como sabemos, con los tiempos, la actitud ante la cultura, cambia. En el pasado, acaso la Biblioteca Nacional no necesitaba de estos apoyos visuales. Por lo demás, rodeaba a esta institución un nimbo de sacralidad, a lo que se añadía, por contradictorio que parezca, una cierta conmiseración. Se la sabía pequeña, acosada por la tragedia, saqueada, pillada, despojada, durante la ocupación chilena de la Guerra del Pacífico. Luego, para colmo, cuando se había restablecido debido a los esfuerzos de Ricardo Palma, de nuevo la tragedia descende sobre esta casa y el incendio entre la noche del 9 y del 10 de marzo de 1943 vuelve a invocar en torno a esta casa de libros la palabra desgracia, descuido, tragedia.

Los tiempos han cambiado, decimos. Hoy vivimos, que duda cabe, la invasión en todos los ámbitos, del poder de lo visual; y al arte de la fotografía y el grabado (al que damos albergue con una sala especializada en la sede de San Borja) se añade el cine, y se suman de manera avasalladora las imágenes que impone la televisión, el video, la publicidad comercial gigantesca en calles y carreteras, en los diarios mismos, y en nuestra vida privada, ahí está la pantalla del ordenador personal. Ni deploramos ni nos alegramos de esta fenomenología, es un hecho. Y ni el libro, ni las instituciones que los guardan, pueden quedar indiferentes a este signo de los tiempos.

La Biblioteca nacional preserva, en sus bóvedas y estanterías, fondos documentales. Esos libros, a su vez, contienen millares de imágenes, es decir, ilustraciones, mapas, grabados, acuarelas, en ejemplares valiosos, impresos en diversos siglos y épocas. Y tenemos también, colecciones de diarios y revistas, de grabados y fotografías. Pero atengámonos a aquellas imágenes que se encuentran al interior de las obras impresas. Bajo su simple apariencia, esa masa de estampas ilustra los textos. Pensamos que hace algo más, en realidad revelan los deseos y curiosidades, las preocupaciones, los centros de interés de los peruanos de otros tiempos, tanto o más que la confesión personal y los archivos documentales.

Así, desde el instante en que pensamos en un libro titulado *Joyas*, cuya intención sumaria era dotar a la Biblioteca Nacional de una edición que mostrara lo que contenía de valioso en sus fondos bibliográficos, comenzamos a revisar sus fondos de la manera más exhaustiva posible. Pronto nos dimos cuenta que la riqueza era de tal orden que sobrepasaba de seguro todo conocimiento individual, incluyendo el de los investigadores más acuciosos que nos han visitado. Es un asunto de sentido común, nadie recorre todos los libros sino aquellos que necesita para una pesquisa específica. Estoy diciendo que quedamos deslumbrados ante la riqueza informativa pero también visual, artística, que ahora espera nuevos lectores e investigadores.

Los libros que íbamos a abrir y fotografiar, hay que decirlo, son particularmente hermosos. Corresponden a una edad de oro de la imprenta, entre el siglo XVI y el XIX. Están editados en un inmejorable papel, y es por eso que atraviesan el tiempo. Sus portadas están concebidas como iglesias y catedrales. No hay duda que en la época virreinal y republicana del XIX, conocer era también mirar. Por lo demás, antes de la invención de la fotografía, los libros del pasado colonial gozaron de las artes liberales, es decir, de la acuarela, los dibujos a pluma, de los grabados. El resultado es que son un festín para los sentidos. Son parte del barroco colonial, tanto como los cuadros de la escuela cusqueña o la arquitectura eclesiástica. Proviene de un tiempo peruano en el que un libro era raro, caro y objeto de asombro y lujo. Se les contaban, a esos volúmenes, en las testamenterías, al lado de los esclavos negros, la inmobiliaria, los trajes. Así, decidimos marcar delicadamente las páginas de los ejemplares consultados, y pasar a fotografiarlos, uno por uno.

Es lo que hicimos, Irma López de Castilla por un lado, yo por el otro (acaso en las noches, robándole tiempo a mis obligaciones de funcionario). Los libros iban y venían, de sus estantes y bóvedas y cajas fuertes, al salón de arte —sin salir del recinto de la Biblioteca— donde Yonel Campos, nuestro fotógrafo institucional, hizo miles de fotos. Fue un trabajo benedictino, y pasamos semanas y meses en hurgar incunables y centones coloniales, para ver su estado, y tomar notas pero sobre todo para recuperar gráficamente las presentes imágenes. No solamente porque estaban destinadas a preparar el presente libro, sino porque, hoy, siendo un mínimo muestrario de maravillas, pueden ponerse mañana al servicio del público. En efecto, hemos reunido millares de fotos, divididos en 15 carpetas, las de Yonel, a la que por mi parte he dado una clasificación por materias. Barroco colonial. Catecismos y lenguas. Costumbres. Fauna imaginaria. Historia. Humboldt. Incas imaginarios. Mujeres y tapadas. Pensadores coloniales y teólogos. Viajes y mapas. Cuando algún día la Biblioteca Nacional cuente con la infraestructura técnica que merece, esas fotos serán fondo abierto al público, y además, a la venta comercial por internet, como en las grandes y actualizadas bibliotecas del mundo. Recuerdo haber acudido en alguna ocasión a la Public de New York, para solicitar una imagen, con el fin de utilizarla en una edición, cuando era profesor en Francia. Me inscribí con una módica suma de dinero, luego consulté a distancia su catálogo de ventas, me identifiqué con mi número de socio, y obtuve el permiso, y vuelto a Tahití, donde vivía, en pleno Océano Pacífico, no solamente consultaba sino recibía imágenes en alta resolución. El mundo global es un hecho. Todavía no hemos ingresado al mismo. Cabe decir a nuestra clase política y administrativa, que la Public de New York recaba por venta comercial de sus fondos por Internet, es veinte veces más que lo recibe de ayuda estatal del Estado de New York. Acercarnos a un modelo de entidad capaz de generar sus propios recursos no es una utopía. Necesitamos máquinas (scanners), para comenzar a pasar a la BNP, a la era digital. Deseo este porvenir de autonomía financiera a la vieja BNP, y su disfrute al Director que me sustituya, y lo digo con la alegría de haber hecho lo imposible para que de una vez por todas, deje de haber bibliotecarios mendigos.

Por lo demás, el sentido mismo de la Biblioteca, o de cualquiera otra, la manera como se han aproximado a ella los usuarios, se ha ido modificando en las últimas décadas. Puedo aquí incluir, sin rubor, mi

propia experiencia. Fui asiduo lector de ella, en mis días de estudiante pobre en la vecina Universidad San Marcos del parque universitario. Para ese adolescente, cuyo primer contacto con la gloria de la ciencia fue acaso la estatua en mármol de Galileo que se halla hasta ahora, felizmente, en el vestíbulo recuperado de la biblioteca de Abancay, la Nacional era dos cosas. Un lugar grande y hospitalario donde los estudiantes populares podíamos venir a leer libros que nos eran imposibles de adquirir por sus precios y nuestros poquísimos recursos (y eso sigue siendo, gracias al cielo). Y por otra parte, había un lugar sagrado, para investigadores. Hasta que algo comenzó a pasar, hacia los años noventa y comienzos del siglo veintiuno. El país se dio cuenta que la educación era decisiva. Se dio cuenta que ésta se había desplomado. Años de los humillantes resultados del test Pisa en que nuestros jóvenes aparecían en el último rango en el mundo en materia de comprensión de textos escritos. Se dio cuenta que había más universidades, más profesores, más estudiantes, y entonces, se pensó en la construcción de una nueva sede.

El presidente Alan García, gracias a un afinado consejo de Juan Mejía Baca, había reservado unos terrenos claves en San Borja durante su primer gobierno (hoy hubiese sido prohibitivo el adquirirlos) y era posible ese sueño, un local moderno. La tenacidad de Sinesio López y la voluntad del presidente Alejandro Toledo hicieron el resto. Esa historia así de veraz y de sucinta, hay que decirla. Y no hablaré, por mi parte, del traslado de libros, el trabajo para activar y darle modernidad y eficacia a ambas sedes. Esta no es una Memoria.

Este libro pone, pues, en mano de un público vario, las joyas. En las manos de los investigadores, que los conocen. En las de los que no lo son, gente de diferentes profesiones y actividades, que, sin embargo, pueden reflexionar hasta qué punto se pueden servir de esa riqueza que es doble, plena de información y plena de excepcionales imágenes. Hemos trabajado denodadamente para que el lector tenga este libro en las manos. No solo los mencionados, el personal bibliotecario, abnegadamente, los celosos custodios de patrimonio, con Nancy Herrera a la cabeza; y tienen razón de esos celos, nuestros libros (nuestros: de la nación de todos) son apetecidos por quienes no distinguen lo privado y lo público, y colocan por encima del interés del coleccionista privado lo que se llama desde que aparecen las repúblicas modernas, el interés común. Al finalizar el coloniaje, existían bibliotecas privadas y de órdenes religiosas. Pero no por azar quien funda la Nacional es el propio general San Martín. Un gesto republicano, vale decir, revolucionario, fue el suyo.

A todo el personal de la Biblioteca hay que dar las gracias. No somos una casa editora y en muchos casos tuvimos que pedirle a personal de secretariado apoyos inesperados. Como la lista de agradecimientos a quienes han hecho esta edición corre a parte, cabe ahora agradecer y felicitar al Banco Central de Reserva del Perú, a la junta directiva que encabeza Julio Velarde, por esta clara muestra de lucidez. Sí, editar libros que llamen a la lectura, páginas que abran el apetito por ir a ver más páginas, es decisivo. El tema de la lectura y de su contrario, la no-lectura, es decisivo. La democracia no es solo un régimen político, «es un tipo de sociedad» (Tocqueville). Sus instituciones deben producir ciudadanos, desde el aula a los hábitos más corrientes de comportamiento social. Ser ciudadano no es solo votar, es querer saber qué pasa en su país y en el mundo, es leer. Es informarse, reflexivamente. La lucha contra la no-lectura es tan decisiva para nuestra patria, como la construcción de carreteras, puertos y aeropuertos. Un ciudadano que lee es un ser con espacios de conciencia donde se pueden posar las ideas de libertad, de conocimiento, y de responsabilidades. Un mundo de no lectores marcha en cambio hacia formas inéditas de despotismo. El Banco Central y nosotros, estamos haciendo algo que no es inmenso, pero es ejemplar. Editar libros que lleven a la lectura de otros libros. Así de enorme y así de sencillo. Cuesta tiempo, cuesta dinero, cuesta trabajo, pero más va costar que el absolutismo de los que no han leído llegue algún día al poder.

Hugo Neira  
Director BNP